

Costumbres Cubanas del Pasado

La Fiesta del Día de Reyes por Luis Bay Sevilla

2 Enero 1947. Diario de la Marina

La Habana, Cuba

Con las fiestas del día de reyes finalizan las vacaciones de Navidad, reintegrándose los estudiantes a sus planteles de enseñanza elemental y superior donde reciben educación y comenzando de nuevo los organismos judiciales su noble misión de aplicar la Justicia.

El 6 de enero celebra el catolicismo el día consagrado a los Santos Reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, quienes, según una vieja tradición, son portadores de juguetes para los niños obedientes y estudiosos. Este es el motivo por lo que esta fecha se le conozca por el Día de Reyes.

El origen de esta grata costumbre no ha sido suficientemente aclarado y son varias las opiniones existentes sobre el particular. Una de ellas, la de don Antonio Bachiller y Morales afirma que “los días de los Santos Reyes, de este tiempo inmemorial, ofrecían en las colonias de España en Indias, la ocasión de que se tributaran a los virreyes y jefes españoles los respetos y consideraciones atribuidos a la Majestad que representaban en las Indias. Después que las corporaciones civiles ofrecían sus respetos al gobernador y capitán general de Cuba, la noche de la víspera del día de Reyes concurrían a felicitarlo por el Nuevo Año los jefes militares y sus dependencias. Deduzco, puedo tanto, afirma Bachiller, que los negros, que vinieron pedir aguinaldo a la tropa el día de Reyes, con pitos, tambores y cornetas le imitaron.

Aunque nosotros hace algunos años que peinamos canas, no llegamos a conocer cómo eran estas fiestas en el primero y segundo tercios del siglo XIX, que fue cuando alcanzaron su mayor animación, pues no habían entonces degenerado en las “comparsas”, ni el “ñañiguismo” las transforma de fiestas de sana alegría en unas tumultuosas, en que la brutalidad criminal rubricaba con sangre, viejas rencillas originadas por las rivalidades entre los “juegos” de ñañigos.

Por este motivo, acudiremos a los costumbristas de la época, para dar una idea, aunque sea ligera de lo que fueron en aquellos lejanos días las Fiestas de Reyes.

En un libro actualmente agotado “La Habana a mediados del siglo XIX” que contiene las “Memorias” de don Antonio de las Barras y Prado, editado en Madrid en el año 1925 por su hijo don Francisco de las Barras de Aragón, se hace una interesante referencia de lo que era el Día de Reyes, a mediados del siglo XIX para el negro esclavo. Ese día según Las Barras, era el carnaval de los negros y estos tenían amplia libertad para abandonar sus servicios dejando las casas desiertas. Desde muy temprano, agrega, los de “nación” iban a reunirse a sus respectivos “cabildos” donde muchos se adornaban con objetos extravagantes y raros, apareciendo también algunos con medio cuerpo desnudo y pintado de colores al uso de su tierra, metidos en grandes aros sujetos a la cintura, rodeados de cuerdas blancas, que bajaban hasta las rodillas y solían ondear al compás de sus movimientos.

Ya organizados los “cabildos” salían a la calle presididos por sus respectivos “reyes” o “reinas” llevando banderas españolas o de otros colores que agitaban al aire tocando y bailando y pidiendo el aguinaldo a cuántos blancos encontraban. De 11 am a 1 de la tarde iban a recabar al Palacio del Capitán General en cuyo patio se les permitía a cada tango al rato de baile. Allí se veía una masa compacta de la que sobresalían penachos juguetes emplumados, caretas y otros adornos estrafalarios, movida al compás de sus instrumentos musicales esforzándose cada tango en hacer el mayor ruido posible.

El capitán general se asomaba de vez en cuando algunos de los balcones y les tiraba tabacos y medios reales, a cuyo acto correspondían los negros con los gritos de Viva España y Viva Isabel II, yéndose enseguida muy contentos, para que pudieran entrar otros tangos, siendo tal la algarabía y el ruido, que aquello parecía un infierno.

El Rey del Cabildo acompañado del abanderado y del cajero, subía las escaleras para recibir de manos del capitán general su media onza en oro de aguinaldo, con que el representante de Su Majestad Católica premiaba a sus fieles súbditos, quienes daban las gracias y se retiraban.

Así iban desfilando todas las agrupaciones de negros africanos congo, ararás, mandingas, lucumies, macuas, carabalíes y algunos otros más, con banderas españolas al frente en las que llevaban escrito el nombre de su nación.

Entre ellos figuraban los “diablitos” a quienes Pichardo describe como “el negro vestido ridículamente a modo de mamarracho o arlequín que el día de Reyes anda por las calles con su “cabildo” algunas veces con un muñeco de la misma figura y nombre.”

A los negros de “nación” y separados de los “cabildos” se sumaban los negros nacidos en Cuba, que marchaban desprovistos de los vistosos adornos de aquellos trajeados como los blancos.

Primitivamente los cabildos se reunían en la calle del Egido, junto a las antiguas murallas entre las puertas de Monserrate de Tierra y del Arsenal celebrando allí sus reuniones y entregándose los domingos a su diversión favorita que era el baile. Éstos bailes se efectuaban en grandes salas, especie de naves, que tenían puertas a la calle, donde se veía una apiñada multitud de negras y negros de facciones toscas y abultadas, con las caras lustrosas por el sudor, moviéndose y agitándose a un compás que comenzaba con lentitud y seguía, gradualmente, violentándose, a medida que iba creciendo la excitación, acompañado todo de una música ruidosa y monótona producida por las marugas, hierros y tambores que hacían sonar con la palma de sus manos y de una gritería chillona e infernal, con la que daban remate a sus cantos guerreros.

A estos mismos lugares acudían los ‘cabildos’ a ensayar los cantos y detalles que ofrecerían cada uno en el patio del Palacio de los Gobernadores de esta Isla, situado en aquellos remotos días en la Plaza de San Francisco en el solar donde estuvo la Casa de Armona y se alza en la actualidad el edificio de la Lonja del Comercio.

Cada nación tenía su cabildo denominándose Cabildo Arará, Cabildo Carabalí, etc.

Un moreno que cuenta en la actualidad ciento dos años de edad nombrado Wenceslao Ruballo, nacido en el año 1844 en el ingenio “Guásimal” de padres lucumies y vecino de la calle de San Ignacio 68, junto al Callejón del Chorro, nos ha contado infinidad de antecedentes relacionados con las fiestas de Reyes, a las que concurría siempre con el cabildo de los “lucumies”. Su madre era lucumí de la rama de los Olabú, y su padre también lucumí, y perteneciente a la dotación

del ingenio “Guásimal” que estaba ubicado en San José de los Ramos, en la provincia de Matanzas.

A pesar de sus 102 años, pues vino al mundo en el año precisamente del célebre Cordonazo de San Francisco y de la Conspiración de la Escalera, conserva una excelente memoria y recuerda, con gran facilidad, hechos y cosas ocurridos a mediados del siglo pasado.

Seis eran los cabildos que existían en La Habana conocidos por él, formados por negros congos, los “Congos Reales”, “Los Mondongo”, “Los Musomba”, “Los Yangunga”, “Los Luango” y “Los Moteque”.

Después estaban lo ararás, que no eran “congos” siguiéndoles los “lucumíes” una de cuyas ramas eran los “oiabi” los “gangá” y algunos más.

Estos eran los cabildos que primitivamente recorrían las calles de La Habana, llevando sus componentes hombres las caras pintadas a la usanza de la tierra a que pertenecían en África y aquellos que no tenían las típicas cicatrices en sus caras, se las imitaban con tiza de yeso.

Siempre, cuando iban a Palacio, tomaban por la calle de la Muralla, siguiendo luego por la de Oficios hasta la Plaza de San Francisco, bailando allí hasta que les tocaba el turno para penetrar en la residencia del Gobernador, marchando luego, al terminar, cada uno para sus barrios respectivos y llevando el cajero una especie de jaba en la mano, donde echaban el dinero que les iban dando como aguinaldo.

Los negros africanos, nos dice Wenceslao, jamás tenían entre sí pependencias. Esa fea práctica surgió primero cuando formaron parte de los “cabildos” los “criollos”; después las riñas fueron más serias al mezclarse en los “cabildos” hombres afiliados a sectas de ñáñigos, hasta que fueron totalmente suprimidos por el Gobernador de la Isla.

Luego surgieron las “comparsas” de Carnaval, y entonces, de los distintos solares habaneros salían “comparsas” que recorrían alegremente las calles del barrio.

Fueron famosos algunos de estos solares, cuyos nombres daremos a continuación, como dato ilustrativo de lo que fue el inicio de las actuales comparsas.

Había uno “El Cámara Oscura” situado en Villegas, entre la calle de O'Reilly y el Callejón de Bomba; “El Trueno” que existe todavía, estaba situado en San Lázaro entre San Nicolás y Manrique. “Remeneu”, en Belascoain, frente a la Escuela de Artes y Oficios, donde fue levantada últimamente una manzana de casas pequeñas.

“La California”, situado en Crespo entre Colón y Refugio; “Los Palitos” situado todavía en la calle de Águila frente al edificio de la Cuban Telephone Co. “La Josefina”, que aún existe en la Calzada de San Lázaro, entre Escobar y Gervasio; “El Reverbero, en la calle de Estévez entre Monte y Flores. “El África”, solar de gran amplitud, en Marqués González entre Zanja y San José, y “La Carabela”, en Zanja 100, antiguo entre Oquendo y Marqués González, estos dos últimos fueron famosos por albergar en sus cuartos infinidad de hombres de pésimos antecedentes penales.

Al finalizar este trabajo debemos consignar que ha sido un colaborador excepcional el doctor Francisco Hernández, que me puso en contacto con el moreno Wenceslao Ruballo. El doctor Hernández, en su tienda de antigüedades de la Plaza de la Catedral, es un observador inteligente del pasado y del presente, y no pierde una sola oportunidad de conocer algo de lo que fue, para explicar hoy lo que es.